

Iñaki Cerrajería Trayecto Galería.
Julio-Septiembre de 1990

Sara González de Aspuru Hidalgo

La elaboración de series temáticas ha definido básicamente el trabajo artístico de Iñaki Cerrajería. A la que giraba alrededor de los caballos, del año 1985, le han seguido la relacionada con los estudios de artistas, otra centrada en "el animal" (utilizado desde aspectos diversos como son lo salvaje, lo doméstico, el espectáculo o lo ornamental y decorativo) y finalmente, la que se presenta en esta exposición en torno al símbolo y los signos.

En cada una de ellas ha ido planteando problemas específicos que han desembocado claramente en una mayor simplificación formal, al ir las obras perdiendo en anécdota y ganando en rotundidad y transparencia conceptual.

La intención narrativa, y hasta ilustrativa en algunos casos, se ha desvanecido a favor de preocupaciones esencialmente pictóricas, que apuestan por una mayor presencia plástica de la obra de arte que está, sin embargo, cargada de alusiones a la historia y a la naturaleza. En este sentido, su reciente participación en la exposición Objetivo-Subjetivo en el Canal Isabel II de Madrid, conectaba doblemente con esta idea con dos montajes, referidos uno a la memoria del edificio contenedor de la muestra ("Símbolo y señal para un distribuidor cultural") y otro sobre la naturaleza-recuerdo ("Símbolo y señal para un lugar pintoresco"), en los que utilizaba la fotografía como un medio de permanencia y evocación de las imágenes en el espectador.

La evocación se va a conseguir ahora con la recuperación y reconocimiento de imágenes con un contenido simbólico determinado históricamente, que se desdoblan formalmente para afirmar la idea de duplicidad.

Ícaro, con las alas unidas a su cuerpo con cera, los centauros (bien enfrentados, bien adosados) con tronco de hombre y cuerpo de caballo, el toro, fuertemente arraigado en las culturas mediterráneas, el pez, con sus múltiples connotaciones y las pequeñas figuras, constituyen los símbolos que, en su esquematismo, aparecen como protagonistas de cada cuadro y rara vez mezclados o combinados.



Doble imagen. mixta /papel 1990

La propia elección de estas figuras supone un resumen de esas series temáticas mencionadas al principio, en las que el hombre y el animal parecen asomar y desaparecer constantemente como claves de permanente sugestión.

Los símbolos están trabajados con trepas a la manera tradicional empleada por los artesanos para decorar las portezuelas de los retablos, o por los maestros naiperos para la configuración de las barajas. Este "Método" implica, en definitiva, una seriación y repetición, contrarrestada aquí por el carácter expresivo de los fondos, profusamente trabajados y conectados con las imágenes-arquetipo referenciales a los elementos básicos de la naturaleza (tierra, aire, agua y fuego).

Estos símbolos no son, sin embargo, metáfora de un mundo que reproduce la perfección clásica, aunque respiren clasicismo. Como los tenantes de las composiciones heráldicas y decorativas, las imágenes dobles y simétricas significan contraposición y equilibrio a la vez. De esa dualidad surge una nueva unidad: la huella del símbolo envuelve otra forma que no es ya parte del símbolo en sentido estricto, sino un nuevo signo, sin contenido específico pero que puede, en definitiva, sustituirlo pues se convierte en el sello de identidad de la obra, en un conector desprovisto de significado simbólico convencional y carente de carga histórica propia.

Por ello, y aunque las referencias literarias y mitológicas de los símbolos utilizados sean conocidas, hay una progresiva destrucción de estos significados, no tanto para sustituirlos por otros, sino para liberarlos de su propia idiosincrasia y convertirlos en signos artísticos que, a fuerza de ser repetidos, se graben en la memoria del que los contempla.

Todas las imágenes están esencialmente vinculadas a sus respectivos fondos que no son meros escenarios neutros, sino el fundamento identificable y definidor de cada medio natural o histórico en el que aparecen y en los que símbolo y signo son individualizados por la textura pastosa unas veces y otras por líneas de contorno que ayudan a reforzarlos y a sacarlos de esas superficies que atestiguan el paso del tiempo, generador de capas y residuos en su devenir.

Muros en los que la huella arqueológica de la destrucción se ve animada por un aire de vida y movimiento, conseguidos con las combinaciones subjetivas del color y las grecas triangulares decorativas que parecen seriarse hasta el infinito. Fondos marinos en los que la espiral, creando en sí misma movilidad y desarrollo progresivo, nos precipita hacia un final misterioso.



1990 Tenante óleo / lienzo. (diptico) 165 x 65 cm.